

—Prendedme si os atreveis,—dijo Xicotencal, dirigiendo una mirada centelleante á los soldados.

Estos tiraron de las espadas, y antes de que se aproximase al guerrero atravesó él con su pica á uno de ellos.

Los demás cayeron precipitadamente sobre el audaz Xicotencal, le desarmaron, y amárrandole á uno de los caballos, le condujeron á Méjico.

Capitulo CXV.

En el que es reducido á prision Xicotencal.

Apenas llegó á la presencia de Hernan Cortés, le preguntó este dando á su voz el acento de la mayor bondad:

—Vais á decirme, amigo mio, los motivos que os han impulsado á abandonar el campamento, precisamente cuando de un momento á otro se esperaba la batalla.

—Me parece que no me hareis la ofensa de suponer que habrá sido por miedo.

—Lejos de mí semejante idea; pero precisamente por esa razon es por lo que más extraño vuestra conducta.

—No creo que tengais que molestar mucho vues-

tra imaginacion para adivinar los poderosos motivos que me han impulsado á dar el paso que he dado.

—Si los adivinase no os preguntaria.

Xicotencal miró con arrogancia al caudillo, y despues exclamó:

—Pues bien, cansado ya de sufrir vuestro ominoso yugo, he querido aprovechar la ocasion que se me presentaba de sacudirle.

—Trabajo me cuesta creerlo.

—Os hablo con sinceridad.

—Repito que no lo creo.

—No sé en qué fundáis vuestra incredulidad.

—En que un guerrero de vuestras prendas, ni puede faltar á la palabra empeñada ante el senado de Tlascalala, ni olvidar la gratitud que debe á un amigo.

Hernan Cortés, como habrán comprendido nuestros lectores, se proponia con aquella aparente dulzura atraer de nuevo á su partido al indómito caudillo tlascalteca.

Temia que la presencia de Xicotencal ante algunas tribus que no le eran muy adictas, les hiciese abrazar la causa de la rebelion, y querian ganar al que habia de dirigitas en el combate.

—Voy á contestaros á las palabras que me acabais de dirigir, —dijo Xicotencal despues de reflexionar un instante.—Al aceptar el mando de las tropas ante el senado, obedeci, no á mi voluntad, sino á las instancias de mi anciano padre. Si el sentimiento filial me hizo no ser sordo á su voz, el grito de la patria, recordándome lo inúcuo de mi proceder, me re-

cordó que jamás debia prestar auxilio á los proyectos ambiciosos de un tirano.

Respecto á si he olvidado ó no los beneficios que os debo, aunque tengo para mí que no es de nobles pechos hacer mérito de eso, os diré que podria envanecerme el título que por vuestra mediacion se me devolvió cuando mi corazon estuviese tranquilo, cuando mi conciencia no me acusase de haber cometido alguna accion indigna; ¿pero puede suceder eso yendo á servir de instrumento á planes liberticidas?

Cada vez admiraba más el caudillo español la entereza de carácter de su prisionero.

—Me duele en extremo, —le dijo, —que al brindaros con la paz, en vez de aceptarlo, procureis haceros más criminal, cuando mi mayor deseo seria que os arrepintiéseis de vuestra conducta.

¿Por quién me tomáis? —exclamó con fiereza Xicotencal.

—No he tratado de ofenderos; conozco vuestras relevantes prendas, y por lo tanto, no puedo ménos de sentir que un momento de extravío os coloque enfrente de mí.

—¿Llamais un momento de extravío á lo que es el resultado del plan de muchos dias, á lo que la realizacion de un pensamiento que jamás ha dejado de sonreirme?

Hernan Cortés se convenció de que por medio de la dulzura no adelantaria nada, y se propuso emplear la amenaza.

—Por última vez os ruego, —le dijo—que reflexio-

neis sobre la situacon en que os hallais. Tal vez más tarde, cuando no tenga remedio, os pesen esos imprudentes alardes de altivez.

—Ni me arrepentiré jamás, ni abrigo temor alguno.

—Ved que estais en mi poder, y que puedo castigar cruelmente vuestra temeridad.

Sed razonable; si vos no teneis apego á la vida, recordad que vuestra querida esposa, que vuestro tierno hijo, que vuestro anciano padre, tienen derecho para exijiros que la conserveis.

—Mil vidas daria antes que sucumbir á la infamia. En fin, para que concluyamos de una vez, diré que si por cualquiera circunstancia no decretáseis mi muerte, yo mismo me la daria.

—Puesto que os empeñais, —exclamó Cortés, cansado ya de ver inútil de sus esfuerzos conciliatorios, —pronto se realizará vuestro deseo.

Y dirigiéndose á los soldados que presenciaban aquella entrevista:

—Conducid á un calabozo al que tan villanamente ha faltado á la fé jurada, en tanto que se reune el tribunal que ha de entender eu su sentencia.

—Sé la suerte que me espera; pero moriré tranquilo, porque quedaré vengado. Emisarios míos recorren en estos momentos todas las provincias, y en breve, aunque contais con un numeroso ejército, se-reis derrotado.

Xicotencal, con paso seguro, con la mirada tranquila, salió de la habitacion, acompañado de cuatro soldados.

Las últimas palabras que habia pronunciado fueron un rayo de luz para Hernan Cortés.

—Adoptó algunas disposiciones para estar al abrigo de cualquier golpe de mano, y cuando se hallaba ocupado en transmitir las órdenes oportunas, se presentó á su vista uno de los soldados que estaban de avanzada.

—Señor, —le dijo, —numerosas tropas se adelantan hácia la ciudad en ademan hostil.

Hernan Cortés se convenció de que su prisionero no le habia engañado.

En efecto; un momento despues llegó á sus oidos un confuso griterio.

Era el que producian los rebeldes.

Al frente de ellos venia un anciano que habia sido cacique de Tezcuco, aquel que en otra ocasion, á pesar de la lealtad que habia jurado, se habia puesto de acuerdo con Rangel para llevar á cabo una infame conspiracion.

Hernan Cortés arengó á sus soldados y á los que formaban parte del ejército aliado.

Con gran entusiasmo acogieron unos y otros las palabras del caudillo.

Todos á porfia querian ser los primeros en luchar con las huestes enemigas.

En uno y otro campo resonaban mil voces de venganza.

Con la serenidad, con la pericia, con la inteligencia que le distinguian, distribuyó sus fuerzas Hernan Cortés.

Un momento despues comenzó el combate.

La sangre se hiela al considerar que perecieron en la lucha más de ocho mil homores, la mayor parte pertenecientes á la division del cacique de Tezcuco.

Este tuvo la desgracia de ser uno de los prisioneros.

Aunque el caudillo habia ordenado que no se die- ra cuartel á nadie, apenas supo que el ex-cacique de Tezcuco estaba en poder de sus soldados, se apresuró á salvarle la vida.

No era sin embargo, la clemencia la que le impulsaba á obrar así.

Se proponia por medio de halagos, de promesas, averiguar todos los hilos de que se componia aquella horrible trama.

En la revista que el dia anterior habia pasado, notó con pena que faltaban algunos soldados españoles, y temia si habrian ido á hacer causa comun con los rebeldes.

La lucha terminó, porque el ilustre conquistador, cansado de derramar sangre, ofreció indulto completo á cuantos depusiesen las armas.

La mayor parte, arrepentidos de su conducta, se apresuraron á obedecerle.

Ua instante despues comparecia á su presencia el cacique prisionero.

A las primeras palabras que le dirigió el caudillo le contestó con terribles imprecaciones.

Sabia la suerte que le esperaba, y se encerró en la mayor reserva.

Hernan Cortés tuvo que renunciar con pena á sus propósitos, y reunió un consejo de capitanes para que juzgase al cacique y á Xicotencal.

La sentencia no podia ser otra que la de muerte ignominiosa.

Fueron condenados á ser ahorcados en la plaza principal de Méjico.

La noticia cundió con rapidez, llegó á oidos de Amaiza, la esposa de Xicotencal, y corrió á Mejico acompañada de su hijo para pedir el indulto del indómito guerrero.

Hernan Cortés se negó á recibirla, porque no se sentia con fuerzas bastantes para escuchar sus súplicas, y por otra parte creia necesario un escarmiento.

¡Pobre Amaiza! ¡Amargas horas le esperaban!